

El retrato de Sucre

ERASE el General de mediana estatura, aunque más alto que pequeño; delgado, sin ser enjuto de carnes; la cabeza simétrica y sin prominencias; la frente vasta, en especial hacia los lados, por donde formaba grandes entradas en los cabellos negros, recios y ensortijados; la piel morena, menos en las partes habitualmente cubiertas por el sombrero, de lo cual se desprende que le empretecieron los rigores de la intemperie; las cejas delgadas y perfectas: los ojos castaños, expresivos y dulces, excepto en el fervor de la batalla en que se encendían y relampagueaban; la nariz larga, combada, no fea; la boca regular; los labios finos, pero salientes, sin duda por la costumbre de la rasura, a la que sometía también la redondeada barba y las tersas mejillas, sombreadas apenas por una estrecha y corta patilla. El entrecejo, ligeramente marcado, rara vez se acentuaba, para mostrar el rostro ceñudo. Sonreíase con alguna frecuencia, pues era hombre vivo e insinuante, y descubría los dientes blancos e iguales. No reía sino difícil y momentáneamente: nunca fué propenso a las ruidosas demostraciones de la alegría, del pesar o de la cólera. Mesurado, amable, reflexivo, la discusión con los compañeros, la conversación con los amigos, las órdenes a los subalternos salían de sus labios en suave sonido, como la tranquila expresión de una inteligencia cultivada, de un criterio recto, de un corazón benévolo, en una palabra, de una alma superior. Dócil, subordinado, desprendido, no arriesgó jamás, como subalterno, el feliz éxito de una batalla, empujado por las rivalidades, celos o caprichos, que movían frecuentemente a algunos oficiales voluntariosos, tercos y soberbios. Previsor, prudente, sereno en el peligro; humanitario, generoso en la victoria, no prodigó nunca, como jefe, la sangre de los patriotas, ni de los realistas, ni precipitó acontecimientos, ni guerreó por el lustre de su nombre, sino siempre para provecho de la República y por amor a la libertad. Filósofo armado, más bien que militar, miraba la sangre—sudor rojo de las magnas ideas y ¡ay! de los mezquinos intereses,—



ANTONIO JOSÉ DE SUCRE

Por Antonio Michelena.
Según retrato original.

de ellos le odiaron como represión viva de sus defectos. De familia noble y rica, amaba la independencia como madre de nobleza y de prosperidad, no como causa del desbarato, del envilecimiento, de la plenitud del mal en el vacío del orden. Las cualidades de Sucre prepararon el crimen que nos le arrebató: la rectitud del alma no le permitió encorvarse para ver la perfidia que rebullía a sus pies. Si el plomo al destrozarle la cabeza no le hubiese muerto en el acto, habría perecido seguramente poco después dilacerado el corazón por la ingratitud y la felonía. Al caer no mordió la arena de la lid; acaso besó la tierra que le fué tan querida.

Poseyó una sola ambición: la de la virtud.

Tenía no sé qué de atrayente y que al propio tiempo inspiraba respeto, en la fisonomía, en las maneras, en las miradas, en las palabras: era uno de esos hombres que en las cualidades del cuerpo y del alma llevan el diploma de la gran destinación providencial. Si hubiese nacido en Europa, acaso habría sido rey; como nació en América... le asesinaron.

CARLOS R. TOBAR.

(De la *Gaceta Municipal*, Quito).

sé quién la tenga, y es mi deber y mi deseo recogerla.

Abuso de la amistad de Ud. para rogarle que me haga llevar esta niña a Quito y la ponga en una casa en que la críen y la eduquen con mucha delicadeza y decencia, la enseñen cuanto se puede a una niña, y en fin, me la haga tratar tan bien como espero de Ud. Todo gasto lo pagará Ud. de mi cuenta. La chiquita tendrá cerca de cuatro años, y creo que podrá darle razón de ella Angelita Elizalde.

Suplico a Ud. que llene este encargo y que dispense mis impertinencias.—Suyo,

A. J. SUCRE.

Y en el sobrescrito. Señor Coronel Aguirre.—Privada.—S. M.

¿Qué fué de Simona Sucre? ¿Quién fué Tomasa Bravo? Son dos problemas difíciles de averiguar después de un siglo.—Tal vez existen descendientes del Gran Mariscal...

C. DE GANGOTENA.